



### CAPITULO III.

---

DE LO QUE LE PASÓ Á DON SANTIAGO  
LA NOCHE DEL ASALTO.

**E**N la misma noche del asalto, recordará el lector que don Santiago había de quedarse al cuidado de uno de los dos hombres que lo custodiaban.

El *Pájaro* vaciló en la elección; pero al fin se resolvió á llevar consigo el mas útil de aquellos hombres, pues no desconocía que se trataba de correr un positivo peligro en el asalto, y quería contar con que toda su gente fuera ya resuelta.



Don Santiago notó todos aquellos preparativos; y cuando se hubo persuadido de que por la primera vez no tenía á su lado sinó un solo hombre, la esperanza de salvarse lo animó de tal manera, que se decidió á comenzar de nuevo y con vigor todas sus tentativas de evasión.

El *Pájaro*, antes de alejarse, registró la cueva, y notando que allí había una botella con aguardiente, fingió tropezarse con ella para que se derramara.

—¡Adios! exclamó el vigilante, ya me tiró mi ese.

—Mejor, contestó el *Pájaro*, no le vaya á hacer daño.

—¿Daño?

—No se vaya á dormir.

—¿Yo, pues qué me ando durmiendo?

—Luego sucede.

—¿Tiene *disconfianza*?

—No, amigo.

—¿Por qué entonces.....

—¿Entónces, qué?

—No, sino.... que ya sabe que sé portarme como los hombres.

—¡Adios! dijo el *Pájaro*, cambiando de tono y comprendiendo que no debía disgustar á su valedor, pues no vé que no la *vido*.

—¡Qué no la *vido* y hasta una patada le pega!

—¡Ah, qué de patada! con que está oscuro; yo sé lo que le digo vale; mañana beberemos.

—¿Mañana?

—Sí, vale; mañana nos vemos.

Y diciendo esto, desapareció el *Pájaro* llevándose en su compañía, de los dos guardianes, al que había permanecido callado.

—¡Usted dirá qué sin razón! dijo el guardián á don Santiago, *diatiro* me deja sin beber.

—Es muy natural, contestó estudiadamente don Santiago, sabe que va usted á quedarse solo conmigo y que podía usted dormirse.

—¿Solo? ¿solo? ¡adios de solo! ni lo crea



que voy á estar solo; ¿pues no ve que aquí abajito están los otros?

—¿Cuáles?

—Los otros cuatro que lo cuidan.

—¿Y por qué no vienen? al menos practicarémos todos juntos.

—¡Ah qué usted! ¿pues no ve que están cuidando el camino.

—Entonces sería bueno que fuéramos á dar una vuelta.

—¿Poronde?

—Por ahí, por el campo; esta cueva está muy fea.

—¡Adios!

—Vea usted, dijo don Santiago al cabo de un rato, vamos á ser buenos amigos y acaso no le pesará; porque puedo hacer á usted proposiciones ventajosas.

—¿Y qué proposiciones? preguntó el bandido movido por la codicia.

—En primer lugar, dijo don Santiago movido á su vez por la esperanza, podría dar á usted una suma de dinero que le bastara para quitarse de la mala vida.

—¿Tanto?

—Por lo menos, si usted la supiera emplear, no volvería á faltarle.

—¿Y en qué lo empleaba?

—No faltaría; y una vez decidido á trabajar.....

—¡A trabajar! pues bien quedaba yo si iba á trabajar.....

—¿Por qué no? ¿usted qué sabe hacer?

—Pues zapatos: soy zapatero.

—¡Magnífico! exclamó D. Santiago, pondrá usted una zapatería.

—¿Y las contribuciones?

—Sin pagar contribución.

—¡Ah que usted! ¿cómo haría yo?

—Pondría usted un taller de zapatería en mi pueblo, yo cooperaría.....

—No: qué taller!.... ¿pues no ve que se mueren de hambre los zapateros? y luego *paqué?* paque lo cojan á uno de leva el día menos pensado: no amigo ¡qué taller! si yo por eso mejor ando viendo lo que Dios me dá; y luego las enemistades; porque, por vida de usted, que hay mal inten-



cionados que sólo por perjudicar á uno le levantan ¡yo cuándo! *pos hora sí!*

—Pero en esta vida que usted lleva, replicó don Santiago con tono reposado, está usted expuesto á que lo sorprendan un día, y va usted á tener un fin desastroso.

—¡Adios de desastroso! ¿pos qué me han de hacer?

—Colgarlo.

—¡Ah que mano! ¡esque colgarme!....

—¿Por qué no?

—No *tanainas*.

—Quién sabe....

—Y suponiendo; pues para eso son los hombres.

—¿Y no teme usted á la otra vida?

—¡*Pos quen* sabe lo que habrá! dicen que nada....

—¿Tiene usted idea de Dios?

—¡Pues cómo no, si soy cristiano! ¡usté sí que!...

—¿Y no cree usted que Dios castiga?

—¡Pos cuándo no!

—Entnóces....

—¿Y á mí de qué me ha de castigar? ¡vaya! porque yo si ando por ahí con los amigos, es para buscar para la *susistencia*; ¿ó *diatiro* quiere que me muera de hambre? yo por eso me *ispongo* y cada *quen* hace su lucha ¡*pos hora sí!*

—¿Usted nunca ha sufrido?

—¿Yo, de qué?

—¿Ha tenido usted algún dolor?

—¿Dolor? no más cuando me pegaron. ¡Mire! ¡tanto belduque que me encajaron por aquí!

Y el bandido indicó su costado izquierdo y continuó:

—Por poco pelo, amigo: si ya ni hablaba.

—¿Y qué pensaba usted entonces?

—Pues yo no sé lo que me diría el padrecito; *pos* si estaba yo hasta sordo.

—Pues bien; ahora que oye usted perfectamente y que entiende, dígame usted ¿qué es lo que usted quisiera?

—¿Yo? de qué?

—¿Está usted muy contento con su modo de vivir?



—Pues la verdad, sí, amigo; para qué me he de quejar. Tiene uno sus medios derrepente, y derrepente no los tiene; pero no faltan amigos que lo hagan á uno formal; y si no ahí está mi compadre D. Máximo, que *ahorita ahorita* le estoy debiendo sesenta pesos; él se espera, pero el día que me *habelito* se los pago; y tengo también unos trapos empeñados que ya mero se me cumplen; pero el *Pájaro* me dijo, ora verás como lo pagas todo, y dice que usted nos va á dar á todos; y yo creo que es por eso por lo que no dejan ir á usted, amigo; yo que usted, la verdad, por quitarme de estar padeciendo, pues de una vez le daba al *Pájaro* lo que le pide.

—¿A usted cuánto le ha ofrecido el *Pájaro*?

—Pos dice..... dice que me ha de dar harto.

—¿No le ha dicho á usted cuánto?

—Pues me dijo, te voy á llenar tu sombrero, uste dirá....

—¿Eso nada más?

—¡Pues ande ¿qué más quiere que me dé?

—Yo le daría más.

—¿Más? ¡ah que usted! ¿como qué tanto más?

—Otro sombrero lleno.

—¿Dos sombreros llenos?

—Sí.

—¿Pero de centavos?

—No, de pesos fuertes.

—¿Qué, de veras?

—¿Lo quiere usted ver? vamos por el dinero.

—¿Onde?

—Al pueblo.

—¡Ah qué! con eso me cojen y usted se va.

—Va usted conmigo, diré que es usted mi criado.

—No soy tan tonto; porque usted hará una seña ¡y adios! me cojen y usted se va.

—Piense usted, insistió don Santiago, en que es mejor que lo que he de dar, sea todo para usted y no para todos; porque en-



tonces le tocará á usted muy poco, y no le alcanzará ni para pagarle á su compadre.

—Lo que es yo; ¿pos qué mejor? pero siempre es bueno desconfiar.

—Desconfie usted en buena hora, pero piense usted en lo que le conviene.

—Usté no conoce al *Pájaro*, amigo.

—¿Por qué?

—¿Pos cuándo me la perdonaba? por mí pues vaya *orita* nos vamos ¿pero luego, qué hago?

—Teniendo bastante dinero, usted se pondrá en salvo.

—Pongo tierra de por medio, como quien dice....

—Eso es.

—¡Vaya! si el *Pájaro* parece que vuela; y como yo ando con él, *digasté*; tan pronto estamos por el Bajío como por Veracruz y luego vamos á caer á las cruces, y de allí á Morelia; no, amigo; si lo que es al *Pájaro* no lo cojen.

—Bien está, pero es necesario que nos arreglemos y que usted piense formalmen-

te en el modo de sacar el mejor partido posible de las circunstancias.

El bandido se quedó pensando un largo rato, al cabo del cual dijo:

—Bueno: pero á ver qué seguridades me da, ¿ó quiere que lo crea así *nomas*?

—¿Qué seguridades quiere usted?

—Pues á ver usté las que me da.

—Éstas: dijo don Santiago con firmeza: nos vamos solos, usted va armado y yo sin armas, llegamos al pueblo, digo que he sido plagiado y que me escapé; que usté es mi criado; vamos á mi casa, allí hace usted una maleta con el dinero que le de, sin permitirme hablar solo con nadie; salgo con usted del pueblo y lo dejo á cierta distancia; usted se va para donde quiera y yo me vuelvo.

El bandido se quedó pensando por largo tiempo, y luego dijo:

—Yo, la verdad, tengo temor de que usté me juegue una mala pasada; porque ¿quién quita que usté le haga una seña á algún soplón y me vaya á resultar algo?



—Vea usted; dijo don Santiago alentado con una nueva esperanza y comprendiendo que estaba en vía de catequizar á su carcelero. Por poco temor que tenga usted al castigo eterno, algunas veces ha de haber pensado que todo se paga. El género de vida que usted lleva, no puede conducirlo á ningún buen resultado, y es preciso que reflexione usted en que el hombre honrado, aquél que no le hace mal á nadie, es el único que tiene derecho á aspirar, ya no sólo al aprecio de sus semejantes, sinó al bienestar individual; bienestar que sólo se consigue, cuando la conciencia está tranquila. Por muchos que sean los errores que usted haya cometido en su vida, deberá usted pensar alguna vez en reducirse y en aspirar á su tranquilidad, rodeándose de una familia buena y cariñosa.

—¿Familia? ¡ah qué señor! si yo no tengo familia; ¿pues acaso no ahorcaron á mi padre?

—¿Lo ahorcaron?

—¡Pues no! y yo dije: ¿pues qué he de

hacer? al fin á mi padre ya le sucedió una desgracia, ¿pues yo qué pierdo con meterme?

—Y el día en que la justicia, continuó don Santiago, llegue á apoderarse de usted ¿no concibe lo espantoso de su situación, si, como es posible, le prueban á usted sus crímenes?

—¡Adios! ¡qué usted! ¿y á mí qué me han de probar? ¿pues acaso no sabe uno negar? ¿pues de qué van entonces á probarle á uno nada? lo colgarán, yo no digo que no, porque hay algunos que pelan, pero de algo ha de morir uno.

—Con la diferencia que esa muerte ha de ser espantosa, esperándola de momento á momento.....

—¿Y qué? exclamó el bandido; más por no querer pensar en ello, que porque sintiera la indiferencia de que hacía alarde.

—Mientras que, si por el contrario, siguió don Santiago, usted llega á comprender que debe cambiar de género de vida, el dinero que recibirá usted de mi parte le



servirá para abrir un taller, ingresando en el número de los hombres honrados; el arrepentimiento de las faltas de usted pueden aún conducirlo á una posición, en la que, el trabajo, el orden y la economía, le da derecho para esperar un porvenir mejor. Acaso encuentre usted una mujer que lo ame, y que, ligada con usted, sea partícipe de sus penas y de sus alegrías; y concentrando usted en ella todo su cariño, probará usted todas las delicias del hogar doméstico, viviendo en paz y en armonía con sus semejantes; siendo útil á la sociedad, por medio de la industria honesta, y filiándose en fin entre los ciudadanos que, componiendo una gran familia, tienen derecho á las ventajas y garantías que disfruta el hombre por la civilización, en cambio de los deberes que se le imponen y de los cuales nadie debe eximirse.

Usted no puede figurarse cuán grata es la vida del artesano honrado, porque mediante un trabajo, tal vez rudo, obtiene un pan que parte con su familia, al caer la tar-

de, en medio de la tranquilidad de su conciencia y del aprecio de los que lo rodean. Y si un niño, un hijo querido, vé la luz en ese rincón oscuro del artesano, y los primeros ruidos que llegan á sus débiles oídos son los golpes del taller; entonces aquel niño trae la alegría á la casa, es el encanto de sus padres, á quienes bien pronto les paga sus sacrificios con caricias, que son el mas grande de los tesoros, la mas dulce de las recompensas; allí, en ese lugar tranquilo, está la bendición de Dios; aquel hogar es respetado, porque allí habitan la probidad y el trabajo; aquel hogar es un santuario, porque allí practica el hombre el culto al trabajo y aquél hogar, en fin, es el asiento de la felicidad, porque no lo profanarán, ni la justicia con su aparato tenebroso, ni la difamación con su veneno, ni el crimen con sus amarguras; el trabajo es la mas eficaz de las solicitudes y todos los días hay ángeles que piden á Dios el pan de los trabajadores, y todos los días baja ese pan con las bendiciones del Eterno.



Estas bendiciones, santifican la casa, para que reine en ella la paz; y cuando usted haya saboreado esa paz, buscará, no lo dude, al Autor de tantos beneficios, para arrojarse ante Él, agradecido; entonces conocerá usted que hay un Dios Santo, grande y bueno, que ama y que bendice á sus criaturas; entonces lo buscará usted en todas partes, para enviarle su agradecimiento en su amor, y lo encontrará usted en el templo, cuando usted se postre á orar; y lo encontrará en todas las obras de la naturaleza, lo sentirá en todos los beneficios que reciba, en las caricias de sus hijos, en la tranquilidad de su sueño y hasta en el aire que respire.

Cuando llegue usted á ese estado, verá cómo se acercan á usted los demás hombres, llenos de confianza y de respeto, y le tenderán la mano con cariño y velarán á su cabecera cuando se enferme usted, y en cada uno podrá usted encontrar todos los días, las demostraciones gratas de la amistad, que son un premio tan querido para

quien sabe conquistarlo. Anímese usted, amigo mío; anímese usted á seguir el camino que le estoy trazando, y muy pronto tendrá ocasión de conocer cuanto valen mis consejos, que algún día me agradecerá sinceramente.

El bandido había oído con recogimiento las palabras de don Santiago, y guardó silencio.

Don Santiago continuó:

—Vamos, aún es tiempo; caminaremos toda la noche y mañana no podrán ya alcanzarnos sus compañeros: un momento de resolución lo pondrá á usted en buen camino, yo lo protegeré á usted contra cualquier persecución, y contando con su voluntad y su resolución de ser un hombre honrado, responderé en todas ocasiones por usted: seré su amigo, y tendrá usted en mí un amparo, como lo tendrá usted en lo sucesivo en todos los hombres honrados; porque los hombres honrados, somos una sola familia, que tenemos á nuestro favor á la ley y á la justicia; de nuestra parte están los derechos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO.  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, N.M.



y las garantías, la estimación y el respeto, la prosperidad y los bienes; sea usted de los nuestros, y tendrá un amigo en cada hombre honrado, un compañero en cada hombre, un apoyo en la ley, una garantía en la justicia, y el derecho á levantar la frente limpia ante el mundo: vámonos, amigo, vámonos, no más vacilaciones, Dios le habla á usted por mi boca y tal vez será la única ocasión que se le presente para salir de una vida en la que no tiene usted más porvenir que la muerte afrentosa, y la indignación y el desprecio público por cosecha de sus malas acciones. Todavía puede usted ser rico y aspirar á todas las comodidades y á todos los placeres: vámonos, vámonos, y piense usted que al hacer una buena obra, comienza su reparación con la regeneración de su individuo: vámonos.

El bandido se había puesto de pie instintivamente y estaba en realidad fascinado con las palabras de D. Santiago.

—Vámonos, repitió D. Santiago, ya está usted decidido, aprovecharemos el último

momento de luz para salvar el monte, vámonos.

—Amigo, dijo el bandido poniéndole á don Santiago la mano en el hombro; también dice usted bien, y sólo porque usted sabe decir unas cosas que.... oiga.... le llegan á uno al alma; pues después de todo está usted bueno para padre.

—Vámonos, y seguiremos hablando por el camino.

—Pero oiga; usted tiene razón y todo; pero la verdad, el *Pájaro* no me perdonará la jugada, y el *Pájaro* es malo, amigo, yo sé lo que le digo.

—Yo le aseguro á usted que nada le hará; vámonos.

—Yo, la verdad, he pensado también en todo lo que usted me dice ahora; pero ¿qué quiere usted? yo soy así. Es cierto que es bueno no tener enemigos; pero ¿qué he de hacer? luego lo persiguen á uno sin motivo, y no más lo andan molestando, y por eso es mejor andar por el campo, que al fin con un buen caballo, pues ¡cuándo lo cojen á uno!



—Es cierto; pero de hoy en adelante ya verá usted como es mejor descansar de esa vida.

A cada palabra que pronunciaba D. Santiago avanzaba de una manera insensible hacia la embocadura de la cueva; de manera que estas últimas palabras las dijo don Santiago ya casi al aire libre.

—Con que, ¿cómo decía que habíamos de hacer?

—Es muy sencillo, nos ponemos en camino, llegamos al pueblo, y usted irá acompañándome.

—Y no me agarrarán?

—No habrá quien conozca á usted, ni quien lo denuncie, tanto más, cuanto que yo diré que es usted mi criado.

—Bueno, pues allá se la haya, porque si me hacen algo...

—Ya verá usted como nada le sucede.

—¡Adios! ¿y usted va á pié? ¿pues cuándo llegamos?

—Yo andaré de prisa.

—Pero, cómo ha de andar como mi caballo?

—Ya lo verá usted, vámonos.

D. Santiago iba resueltamente á romper la marcha, creyendo que había llegado al momento de los hechos; pero el bandido lo detuvo bruscamente, y exclamó con un tono que desconcertó completamente á don Santiago:

—¡Espérese!

